

EL PACIFICADOR

por Charles Jones



BIBLIOTECA TREBOL

N.º 74
Publicación semanal PRECIO: 25 CÉNTS



casa Teruel

Charles Jones

BIBLIOTECA TRÉBOL

THE GENTLE CYCLONE
1926

El Pacificador

Superproducción «FOX»

Versión literaria de la película de igual título,
interpretada por el gran astro de la pantalla

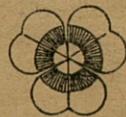
CHARLES JONES

por

H. ONIBLA

Exclusiva

HISPANO FOXFILMS, S. A. E.
Calle Valencia, 280 : Barcelona



REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PARÍS, 204 - BARCELONA

EL PACIFICADOR

PERSONAJES

Absalón Gales	<i>Charles Jones</i>
June Dale	<i>Rose Blossom</i>
Ruth Wilkes	<i>Kathleen Myers</i>
Sally Marshall	<i>Marion Harlan</i>
Tomás Marshall, padre ..	<i>William Walling</i>
Tomás Marshall, hijo ..	<i>Reed House</i>
Juan Wilkes, padre ..	<i>Stanton Heck</i>
Juan Wilkes, hijo ..	<i>Grant Withers</i>
El Comisario	<i>Oliver Hardy</i>
El Juez	<i>Jay Hunt</i>

:: TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA ::
HEREDEROS DE SERRA Y RUSSELL
CALLE ENRIQUE GRANADOS, 112
TELÉFONO G-104 : BARCELONA:

Cuando comenzaron las disputas entre los Wilkes y los Marshalls, la municipalidad de Tres Pinos perdió todo interés en las guerras extranjeras. Eran tantas y tan descomunales las pendencias, reyertas y encuentros que a diario se desarrollan — a pesar de las intenciones pacifistas del Sheriff — entre los partidarios de las dos familias enemistadas, que cualquier otro conflicto, por grande que fuese, les dejaba indiferentes. Ni tiempo tenían de ocuparse en otra cosa en aquel pueblo.

Pero entremos en materia. Veamos cómo « amanecía Dios » en las dos casas contendientes.

En el rancho de Wilkes, hermosa propiedad que es el centro de las hostilidades, vemos a su propietario Juan Wilkes, a su hija Ruth y a su sobrina June Dale, bella joven, inocente causa del conflicto.

Juan Wilkes relee por centésima vez una carta concebida en los siguientes términos :

« Tres Pinos. Texas.

Querido señor Wilkes :

El juzgado ha fallado que las tierras existentes entre el rancho Marshall y el suyo corresponden de derecho, en propiedad, a la señorita June Dale, hija adoptiva de su difunta hermana Susana.

El juez designará como tutor de la joven a aquel de sus tíos con quien ella prefiera vivir.

SAMUEL HARRIS, Abogado. »

Resuelta la cuestión judicialmente, sólo restaba a Wilkes, para en su día acrecentar el patrimonio de sus hijos con el de June Dale — pues su sueño dorado era casarla con su hijo Juan, ausente entonces de Tres Pinos por cursar sus estudios en la Universidad de Charleston — ganar la confianza de la joven y que así como June pasaba un mes en su casa y otro en el rancho de su otro tío Tomás Marshall, se decidiera por fin a vivir siempre en su compañía.

Como todas las mañanas bajó al corral, donde June estaba echando de comer a las gallinas y a los patitos, y como siempre, bondadosamente la dijo :

— No trabajes tanto, June, sobrinita mía. Quiero que seas feliz a nuestro lado.

Agradeció el halago la jovencita con una sonrisa y Juan Wilkes volvió a la casa, entró en su despacho y debió encontrar una noticia

muy importante en el *Evening Citizen* de aquella mañana porque se enfrascó en su lectura y momentos después, con sonrisa de triunfo, redactó un telegrama que mandó depositar acto seguido.

* * *

Mientras tanto en la propiedad contigua, es decir, en el rancho de Tomás Marshall, éste se quedó maravillado cuando — sentado a la mesa de su despacho — al desdoblar maquinalmente el *Evening Citizen* leyó en gruesas titulares :

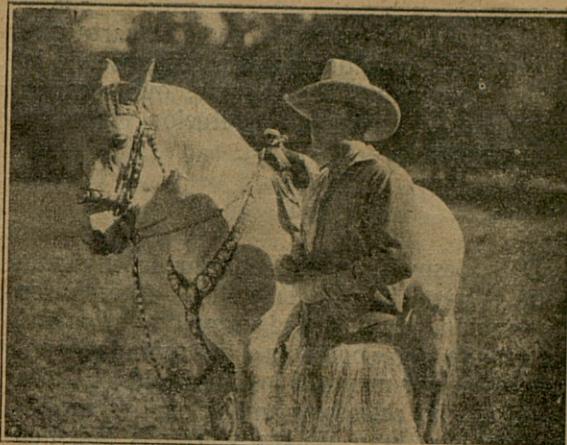
UN HOMBRE DOMINA TREMENDA REYERTA

UN JOVEN LLAMADO GALES, CON LA SOLA FUERZA DE SUS PUÑOS ENVÍA A CUARENTA HOMBRES AL HOSPITAL.

LOS ALBOROTOS Y RIÑAS EN LAS MINAS DE COBRE HAN CESADO COMO POR ENCANTO CON LA LLEGADA DE GALES.

Esta noticia — la misma que tanto había entusiasmado a Juan Wilkes — llenó también de alegría a Tomás Marshall, el cual había recibido asimismo una carta parecida de un colega, de Samuel Harris, y dirigiéndose rápidamente adonde su hija Sally leía un libro, la dijo mostrando el periódico :

— ¡Mira la noticia que trae hoy el diario!



Absalón Gales, "el Pacificador"

¡Precisamente un hombre así es el que me hace falta para ajustar de una vez las cuentas a Wilkes! ¡Escríbelle ahora mismo la carta que te voy a dictar!

La carta fué dictada y escrita, y cuando Sally llamaba para que la echasén al correo, se presentó un vaquero del rancho diciendo que los muchachos no estaban en condiciones de trabajar, después de la pelea que tuvieron la noche anterior con la gente de Wilkes.

Marshall se enfureció.
— ¡Pues es preciso que trabajen — gritó — y que peleen hasta derrotar a esa banda de ladrones de Wilkes!

El muchacho, asustado, cogió la carta que le tenía Sally y desapareció temeroso de la cólera fulminante de su amo, que recorría a grandes zancadas la habitación como un león enjaulado.

II

Días después, el sábado por la mañana, todo el municipio de Tres Pinos esperaba en la estación, con ansiedad y revólver en mano, la llegada del « pacifista » que mandaba pacientes al por mayor a los hospitales. El tren traía mucho retraso y ambos bandos capitaneados por Juan Wilkes y Tomás Marshall tuvieron tiempo de sobra para enseñarse los dientes y encañonarse las armas de fuego.

Wilkes se adelantó, en el andén, hasta donde estaba Marshall, sin hacer caso de las advertencias amistosas del Sheriff y le dijo apuntándole con su revólver :

— He enviado a Gales un telegrama contratándole para tenerle de mi parte y conmigo vendrá a « trabajar ».

— Fuí yo quien le contrató primero — exclamó iracundo Tomás metiendo los puños por los ojos a su adversario — y por lo tanto, pese a quien pese, vendrá a mi rancho.

— ¡Eso lo veremos! — replicó el otro, también en actitud amenazadora.

— ¡No tardaremos en verlo! — dijo Tomás. Y ambos hombres, dejándose llevar de sus

rencores, vinieron a las manos, propinándose una regular paliza.

La lucha no tardó en generalizarse, y momentos después veinte hombres valerosos y forzudos luchaban a brazo partido con otros veinte titanes curtidos por el sol y la vida al aire libre entre novillos y caballos.

— Trabajo le va a costar al Sheriff impedir que haya entierros hoy — dijo uno de los hombres, apartándose de la contienda y limpiándose la cara llena de sangre.

En efecto, el representante de la autoridad en Tres Pinos se veía y se deseaba para separar a los contendientes y hacerse respetar.

Sólo la llegada del tren abrió un paréntesis de paz en la alborotada estación de Tres Pinos.

Ambos bandos se apiñaron en torno a sus caudillos formando dos compactos grupos y cada uno de los hombres empuñaron sus armas respectivas esperando el descenso del « pacificador ».

En medio de los dos grupos, sólo completamente, estaba el Sheriff con una pistola en cada mano.

¿Podría alguien creer que ninguno de los circunstantes reconoció al esperado viajero?

Sin embargo, así sucedió.

El que en sus imaginaciones era un gigante capaz de vencer al mismísimo Hércules, en la realidad era un joven con pantalones cortos de jugador de « golf » y aire de turista fatigado.

Nadie reconoció en aquel vulgar viajero al hombre que había enviado al hospital a cuarenta semejantes en las minas de cobre, hasta el punto de que cuando Absalón Gales se dirigió sucesivamente a uno y otro bando, para darse a conocer, de los dos le arrojaron despectivamente como a ente molesto que lo único que podía hacer allí y en aquella memorable ocasión era estorbar.

Rechazado, pues, se dirigió con sus dos maletas, una guitarra y un abultado portamantas a la puerta de salida, y al pretender salir tropezó con Sally, la hija de Tomás Marshall, y ambos cayeron al suelo, viniendo también a tierra las maletas, la guitarra y portamantas de él junto con una porción de paquetes pequeños que llevaba ella.

Sally al pronto no supo qué hacer, si echarlo a broma o enojarse. Gales, flemático, se incorporó a medias y tomando la guitarra rasgueó una canción cuyo estribillo :

*Me gustan flores bonitas ;
Me gustan las margaritas...*

Debió de ser del agrado de Sally lo mismo que el cantante, por cuanto aquélla sonrió al joven flemático y le dijo :

— Soy Sally Marshall... Sea usted bienvenido a Tres Pinos.

Se puso él en pie, la ayudó a levantarse del suelo, y entonces, al ver la muchacha los pán-



Y después de rondar la casa...

talones cortos de Gales, exclamó maliciosamente :

— ¿No cree usted que ya está en edad de ponerse pantalón largo?

Gales no supo qué contestar. Para disimular su turbación buscó por el suelo los paquetes de Sally y fué dándoselos a la joven uno a uno. Ella, que a medida que los recogía y los colocaba al brazo se iba fijando más en el forastero, tuvo la ocurrencia de preguntarle :

— ¿Y se puede saber a qué ha venido usted a Tres Pinos?

Gales miró largamente a su interlocutora

y cuando ya iba a contestar, una mano vigorosa que se apoyó en su hombro le hizo girar sobre sí mismo y un hombre mal encarado, el Sheriff en persona, le preguntó a quemá ropa:

— ¿Es usted, acaso, el matasiete que contrataron Marshall y Wilkes?

— Yo no soy matasiete — contestó Gales con aire de timidez. — Soy un « pacificador » dispuesto a emplear mis acostumbrados procedimientos.

Dijo, entonces, el Sheriff, un poco desconcertado, mostrándole el *Evening Citizen*:

— ¿A eso llama usted arreglar las cosas pacíficamente?

— Mi sistema — replicó Gales con humildad — es obtener la paz a toda costa... ¡a golpes o a balazos si es preciso!

El Sheriff retrocedió un paso para contemplarlo mejor, y siempre pistola en mano volvió a acercarse para preguntarle:

— ¿Por qué entró en tratos con los dos bandos en este caso particular?

Gales, que cada vez se encontraba más dueño de sí mismo, replicó en tono zumbón:

— Para que tenga éxito una intervención pacífica es preciso estar en buenas relaciones con unos y otros.

Mientras tanto Sally, que ya sabía quién era el forastero, una vez satisfecha su curiosidad, había desaparecido y los dos bandos cansados de esperar, se acercaron dispuestos a venir a las manos, pues Tomás Marshall y Juan

Wilkes se inculpaban mutuamente de la no llegada de Gales.

— ¡Hipócrita! — decía a gritos Wilkes. — ¡Es usted muy capaz de haber telegrafiado a Gales que no viniera aquí!

— ¡Eso mismo creo yo de usted! — vociferaba Marshall. — Pero no le servirán de nada sus argucias, ¡se lo prometo! ¡June vivirá siempre con nosotros y se casará con mi hijo, pese a quien pese!

A las frases siguieron los insultos, y a los insultos el cuerpo a cuerpo, hasta que el Sheriff, dándose cuenta de lo que sucedía, se apresuró a apartar a los contendientes y a presentarles a Absalón Gales, es decir, al deseado « pacificador ».

Oír el nombre del que con tanta ansiedad esperaban y lanzarse todos sobre él como bandada de aves de presa, fué cuestión de segundos. Marshall y Wilkes fueron los primeros en pretender apoderarse del joven forastero, y sin que los esfuerzos del Sheriff lograsen impedirlo, comenzó una lucha terrible entre ambos bandos y sus jefes, cayendo al suelo la mayor parte de ellos en revuelto montón. Gales aprovechó la confusión para escabullirse sin ser visto, y dejando a los contendientes moliéndose a golpes, salió de la estación con el Sheriff, quien le puso al corriente de todo.

— En ese caso — concluyó Gales, como hombre que ha tomado ya una resolución

inquebrantable — iré a ver a la señorita June Dale tan pronto me quite el polvo del camino.

— Creo que es lo primero que debe usted hacer — replicó el Sheriff, despidiéndose del mozo con un fuerte apretón de manos.

III

Casi al obscurecer, Absalón Gales se dirigió al rancho de Wilkes y después de rondar la casa para, sin ser visto del dueño ni de sus hombres, poder hablar con la joven June Dale, tuvo la suerte de que la jovencita que buscaba saliese a una especie de jardín y saltando una cerca se presentó a ella como el hombre que tenía el encargo de concertar la paz entre las dos familias.

— Perdone mi atrevimiento, señorita, pero busco a la sobrina del señor Wilkes y agradecería a usted infinito que me dijese si podría hablar con ella ahora mismo.

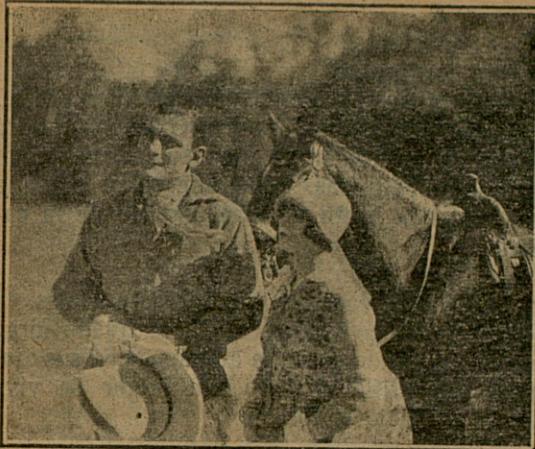
— No se podrá negar que su misión empieza con buena suerte, pues soy yo misma la sobrina del señor Wilkes.

— ¡Cuánto lo celebro! — dijo Gales.

— ¿Es usted acaso el señor Absalón Gales? — preguntó June.

— Justamente... el encargado de poner paz en Tres Pinos... y creo poder lograr la reconciliación entre los dos tíos de usted.

No había acabado aún Gales de decir esto,



Eso depende de las circunstancias

cuando Ruth, la hija de Juan Wilkes, estuvo junto a ellos, sin que ninguno de los dos la viese llegar.

— ¿Por qué no vas a concluir tu trabajo, June? — ordenó imperiosa a la jovencita.

June no replicó, acató la orden y dedicando una inclinación de cabeza y una sonrisa al forastero, penetró en la casa.

Ya solos, Ruth se dirigió resueltamente a Gales, diciéndole:

— Lo he oído todo y admiro la nobleza de usted al pretender poner fin a estas terribles peleas.

Gales se inclinó rendidamente...

— Señorita...

Ella continuó :

— Y quisiera poder ser útil en la empresa..

— Siendo así — replicó Gales — podré poner en práctica una idea en la que tengo grandes esperanzas. Espéreme usted mañana por la tarde junto al árbol grande de la cañada.

Se despidieron.

Que había causado buen efecto Gales en Ruth era harto visible. Ruth se quedó largo tiempo mirando cómo se alejaba, y en sus ojos había un brillo extraño, un fulgor de viva simpatía hacia el forastero.

IV

A la mañana siguiente, Absalón Gales, que había concebido la idea de reconciliar a las dos primas, es decir a Ruth y a Sally a fin de que los padres se hicieran amigos dejando por consiguiente de pelearse a todas horas, se presentó en el rancho de Tomás Marshall, deseoso de tener una entrevista con Sally, a la que ya conoció a su llegada en la estación.

Y en efecto, apenas llegó al rancho tuvo ocasión de saludar a la joven, quien después de saludarle le dijo :

— Celebro mucho verle, señor Gales... Ojalá le guste a usted Tres Pinos y se quede una larga temporada en el pueblo.

— Eso depende de las circunstancias — contestó, sibilino, el mozo.

— Pues no creo que aquí se le tratase mal — objetó ella con la más deliciosa de sus sonrisas.

A lo que replicó él :

— Por lo que veo, usted es como yo : la esencia de la paz y del afecto.

Y envalentonado por las sonrisas y las miradas amables de Sally, Gales se atrevió a decir en tono de confidencia, bajando mucho la voz :

— Mire usted, Sally... Lo que no me atrevería a decir a nadie voy a confiárselo a usted... Tengo un plan para que terminen las pendasias entre su padre y el señor Wilkes, sin violencias ni golpes... y necesito que usted me ayude en ese plan.

— ¿Y en qué debe consistir mi ayuda? — preguntó, extrañada, la muchacha, mirándole con gran atención.

— Muy sencillo — contestó él sin dar gran importancia a sus palabras. — No tendrá usted que hacer más que esperarme mañana por la tarde junto al árbol grande de la cañada.

Uno de los criados del rancho que vió a Gales hablando con Sally, le dijo a Marshall :

— Mi amo, por ahí anda el árbitro... el « pacificador ».

Y Marshall, al que ya desde el primer momento no había hecho gracia ninguna el tal

mozo, se apresuró a interrumpir su coloquio con su hija, diciéndole al mismo tiempo que le daba fuerte palmada en la espalda :

— Muchas ganas tenía de verle, morito... ¿Cómo tan de mañana por aquí?

— Ya puede usted ver... en mi plan de pacificador.

— Bueno; pues como parece que le gusta a usted mi rancho, opto porque se quede usted en él y trabaje a mis órdenes.

— Sin duda se ha confundido usted, señor Marshall... Hablaba con su hija de...

— ¡Basta! ¡No le pido explicaciones de ninguna clase! ¡Deje su caballo en la cuadra y en paz!

A regañadientes Gales no tuvo más remedio que cumplir la orden; mas tan pronto como Marshall salió a sus habituales ocupaciones, se escapó a galope tendido a la casa del Sheriff.

V

Pero dejémosle atemorizando al representante de la ley en Tres Pinos con lo que éste más teme : sus planes pacifistas, para conocer a los hijos de los dos rancheros enemistados.

Lejos del «sitio de la guerra», en la Universidad de Charleston, los hijos de aquellos padres se dedican a las labores propias de los estudiantes ricos y consentidos, lo cual equivale a decir que los deportes y los placeres

son su única ocupación. Ambos son jóvenes, distinguidos, y están enamorados : el hijo de Marshall de la hija de Wilkes y el hijo de Wilkes de la hija de Marshall.

Jamas hubo entre ellos la menor rencilla y ocupan la misma habitación en el pabellón universitario. Sin embargo... aquella mañana están a punto de imitar a sus progenitores.

¿La causa?

Sencillísima. Dos telegramas.

El hijo de Tomás Marshall recibió el siguiente despacho :

« Ven inmediatamente a Tres Pinos. Tu tío me ha zurrado y necesito tu ayuda.

TU PADRE. »

Y el hijo de Juan Wilkes recibió este otro aviso de la casa paterna.

« Necesito tu ayuda urgentemente. Tu tío me ha pegado. Ven en seguida.

TU PADRE. »

La lectura de los telegramas pone a los muchachos fuera de sí y se obsequiaron mutuamente con los peores insultos.

— ¡Tu padre es un bribón!

— ¡Peor es el tuyo!

Gracias a que los separaron a tiempo no

hubo que lamentar daño alguno irreparable.

Y cada uno por su lado hicieron las maletas y tomaron el primer tren con dirección al pueblo donde «ardía la guerra, guerra sin cuartel».

VI

Mientras tanto el «pacificador» comunicaba al Sheriff los detalles de su plan :

— ¡Tengo una idea estupenda para acabar con esta enemistad pacíficamente! ¡Ya verá usted qué maravillosamente consigo mi objeto!

— ¡Otra idea! — exclamó consternado el Sheriff desplomándose en su sillón. — ¡El cielo nos ampare! ¡Sus ideas están produciendo más daños que un toro bravo en una cachaquería!

Gales insistió persuasivo :

— ¡Por Dios, Sheriff, no sea usted pesimista! ¡Mi idea es piramidal! ¡Nada menos que tengo el proyecto de aproximar a las muchachas y hacerlas amigas!

El Sheriff, anonadado, movía la cabeza negativamente.

— Conozco a las dos primas — continuó Gales — y creo que les soy simpático... Y si logro que se reconcilien, sus padres dejarán de pelear... No se preocupe usted, mi querido Sheriff. La paloma de la paz vendrá pronto



Se acordará usted de esta burla infame...

a anidar en este pueblo y no tendrá usted más quebraderos de cabeza.

El Sheriff, que ya llevaba largo tiempo extenuado con tales pendencias, a las que nunca logró dominar, no creía una sola palabra de lo que decía el forastero, y sin moverse de su sillón, como hombre que se considera vencido ante la fatalidad, le dejó marchar sin casi contestar a su «adiós» de despedida.

VII

Gales salió disparado, tenía prisa, y montando a caballo se dirigió al bosque donde

momentos después debía celebrarse «la conferencia de la paz».

Casi al mismo tiempo que Gales, llegaron por distintos caminos al lugar de la cita Ruth y Sally, y el joven procurando revestir la entrevista de la mayor solemnidad las puso frente a frente, diciendo :

— Las he invitado a esta aproximación, que creo necesaria, porque quiero que ustedes dos sean amigas.

No tardó Gales en salir de su error.

Las muchachas se echaron atrás y Sally dijo :

— ¡Cómo! ¿Pretende usted que sea amiga de *ésa*?

A lo que contestó Ruth dirigiéndose al «pacificador» :

— ¡Se acordará usted de esta burla, infame!... Apenas llegue mi hermano, le dará su merecido. ¡Intruso!

Las dos fierecillas intentaron después acometerse y Gales pasó grandes fatigas para separarlas. Cuando, al fin, después de oír muchos denuestos e injurias las vió montar a caballo y marchar cada una por su lado, respiró tranquilo, se subió a un árbol y se quedó dormido.

La ausencia de Ruth y Sally que no solían salir nunca a aquellas horas, por ser inexplicable para todos, puso en movimiento a las gentes de ambos ranchos. Por un lado Marshall con sus hombres, y por otro Wilkes acom-



...se subió a un árbol y se quedó dormido

pañado de June, registraron el bosque en busca de sus hijas. Y la casualidad hizo que pasaran estos últimos por debajo del árbol en que tranquilo descansaba Gales, cayendo dormido sobre June, a la que al caer derribó del caballo.

Por ella supo lo sucedido y que Juan Wilkes creyéndole raptor de Ruth le andaba buscando decidido a meterle una bala en el cuerpo y entonces pensó ocultarse con June, poniendo así en práctica otro nuevo plan de paz que las circunstancias le deparaban.

VIII

Después de buscar en vano a sus respectivas hijas, los dos padres apelan a la ley. Pero nada adelantan con marear al Sheriff, y la situación se complica más aún, al notar la desaparición de June Dale. Entre ambos bandos menudean los golpes y nadie se entiende.

A la sazón aparecen Sally y Ruth, cuentan la proposición que las hiciera Gales y todos se vuelven contra éste, al que acusan ahora de haberse llevado a June porque es la heredera de valiosos terrenos.

Para no ser visto, Gales, llevando a la grupa a June, ha dado un gran rodeo a fin de salvar las cinco millas que le separan del rancho de su amigo el juez Williamson, el cual ciertamente estaba muy lejos de esperar su visita.

— ¡Hombre, qué sorpresa, Absalón! — dijo el campechano juez. — ¡Creí que estabas rompiendo huesos en Nevada!

— Pues no — replicó el joven, ayudando a descender del caballo a June. — He venido a Tres Pinos para realizar otra misión de paz.

Entraron en el despacho del juez y entonces supo June el propósito de Absalón. La in-



Por ella supo lo sucedido...

tención de éste era adoptarla como hija, pues sólo así terminarían de una vez, a su juicio, las discordias entre sus dos tíos.

June, que le amaba, accedió, y momentos después salían de nuevo a caballo en dirección de Tres Pinos; pero a mitad del camino, donde había una gruta natural, excelente refugio, dejó oculta a la jovencita y él se dirigió a toda brida a hacer frente al peligro.

— Tomaré por el atajo — la dijo — traeré comida y de paso, si puedo, me reiré un poco de sus señores tíos.

— ¡Por Dios, no se exponga usted al peligro! — le aconsejó, temblorosa, June.

Pero Gales no la oyó... Iba contento, pensando en que había encontrado a la mujer de sus sueños y la realidad no existía para él.

IX

Tomás Marshall y Juan Wilkes, a la cabeza de sus hombres, esperan el tren en que deben llegar sus respectivos hijos. Y cuando éstos descienden al andén y se dirigen a sus novias y primas, es decir, Marshall a Ruth y Wilkes a Sally, sus padres se oponen terminantemente.

— ¡Déja a esa coquetuela! — dice el uno.
— ¡Apártate de esa sirena! — exclama el otro.

Pero les cuesta gran trabajo apartarles del respectivo «adorado tormento».

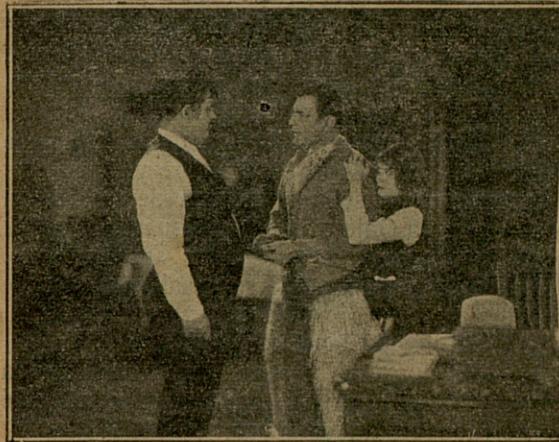
Rápidamente son informados los jóvenes viajeros, por sus padres, de lo que sucede.

— Marshall se llevó a mi «matasiete» y éste raptó a June.

— Wilkes mandó traer a un valentón para que me matara, pero el forastero raptó a June.

Y ambos contestan encendidos por el fuego de la venganza, grata a los autores de sus días:

— ¡Yo lo atraparé!



Hago esto porque creo que nunca podrá haber aquí paz hasta que usted esté encerrado en un calabozo

— ¡Yo lo atraparé!

Pero el Sheriff, cansado de ver que nadie le hace caso, interviene:

— ¡Llévense a sus hijos!... ¡Yo me encargo de encontrar a Gales y de encerrarlo!

X

Gales llevó lo necesario para comer y después de haber satisfecho esta perentoria necesidad, él y June se dirigieron a Tres Pinos, sentándose a descansar en el propio sillón del

Sheriff, de modo que cuando éste entró con la agradable sorpresa de que los fugitivos, cansados de sus aventuras, estaban dormidos.

Nunca podía presentársele mejor ocasión que aquella para cumplir su promesa de «encontrar a Gales y encerrarlo» y, en efecto, tomando unas sólidas esposas de un cajón se las puso a Gales, quien se despertó al sentir el frío contacto del acero en sus muñecas. June también despertó, sobresaltada, al oírle protestar de tan arbitraria detención.

Le explicó el Sheriff :

— Hago esto, porque creo que nunca podrá haber aquí paz hasta que usted esté encerrado en un calabozo.

June, que había cogido un revólver que estaba encima de una mesa, gritó apuntando al Sheriff, que procuró esconderse con el cuerpo de Gales :

— ¡No consentiré que encierre usted a mi papá!

Disparó el arma, sin más consecuencias que asustar grandemente al Sheriff. Mas cuando éste recobró el uso de sus facultades y pensó en la frase proferida por la joven, inquirió :

— ¿Papá? ¿Cómo papá? ¿Qué papá? ¿Por qué papá?

— Para que hubiera paz — explicó Gales — adopté a June ante el juez Williamson.

Algo se calmó el Sheriff con esto, pero pronto pensó en que había aún un peligro



Tan formidable es la lucha, que rodando salen todos a la calle

en puerta para la anhelada paz : la llegada de los primos.

— ¡Ah! ¿Ya llegaron? — exclamó Gales. — ¡Lástima no haberlos visto! Les he avisado que aquí les esperaría.

XI

Aquel mismo día, el Sheriff ofrece una comida a Gales antes de su inevitable y prematuro entierro. Al menos, así lo cree, ya que los primos avisados por Gales se presentarán para tramar pendencia.

Y cuando están comiendo se presentan los dos muchachos, seguidos de sus padres, y se desarrolla una verdadera batalla.

Tan formidable es la lucha que, rodando, salen todos a la calle; vienen también Sally y Ruth y un vaquero avisa al juez Williamson de lo que sucede, en vista de que nadie se considera capaz de imponer orden y evitar la pelea.

Gales, con varios soberbios puñetazos, consigue al fin dejar a los padres fuera de combate, y entonces aconseja a los jóvenes que si se casaran con sus primas habría paz en la familia. Aceptan ellos de buen grado, y la presencia del juez que acaba de llegar pone fin al conflicto.

— ¡Cáselos pronto! — dice Gales — antes de que los padres vuelvan en sí!

Y así se hace.

En lo sucesivo en Tres Pinos habrá paz y tranquilidad. Los hijos de los padres enemigos eran felices con sus primas, y el «pacificador» tanto o más que ellos, pues supo encontrar la deliciosa mujercita, que es June Dale, que es exactamente el ideal de la mujer que él siempre había soñado.

FIN

OROTARO
EN VERSO

BANDAS PARA
ESTRATEGIA

AMORATRONES, ETC., ETC.

OBREGO DE MARI

OTRO AÑO DE GUERRA
ATRESCA ANU

ORATORIA EN VERSO

**PARA BANQUETES
BODAS Y BAUTIZOS**

**DEDICATORIAS, ENHORABUENAS,
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.**

POR

DIEGO DE MARCILLA

...

**PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA**

BIBLIOTECA TRÉBOL

TÍTULOS DE LOS CUADERNOS PUBLICADOS

31. ~~Al borde del desierto~~, por Charles Jones.
32. De vaquero a millonario, por Hoob Gibson.
33. ~~Leal~~, por Tom Mix.
34. Las cultas de una desposada, por Mildred June.
35. Bandolero por sport, por Tom Mix.
36. Los siete pecados capitales, por Margaret Livingston
37. ~~El vaquero y la condesa~~, por Charles Jones.
38. El deber contra el vicio, por Tom Mix.
39. Lobo de monte, por Charles Jones.
40. Ricardito enamorado, por Ricardito Talmadge.
41. ~~El relámpago de Calgary~~, por Hoob Gibson.
42. Rectitud y valor, por Charles Jones.
43. La mariposa dorada, por Alma Rubens.
44. El traje de etiqueta, por Reginald Denny.
45. ~~El caballero de Arizona~~, por Hoob Gibson.
46. La luz del cariño, por Tom Mix.
47. Juramento de soldado, por Charles Jones.
48. El toro bravo, por Fred Thompson.
49. El duende negro, por Ricardito Talmadge.
50. Un vagabundo generoso, por William Desn. 1.
51. Ricardito hombre de negocios por Ricardito Talmadge.
52. Puños y cascos, por Tom Mix.
53. El nuevo campeón, por William Fairbanks.
54. Puños y corazón, por Frank Merrill.
55. Un hombre de temple, por Reed Howes.
56. ~~Defendiendo lo suyo~~, por Jack Hoxie.
57. Cuando la mujer quiere, por Pauline Frederick.
58. El último combate, por Milton Sills.
59. La manía de la velocidad, por Tom Mix.
60. Sombra siniestra, por John Gilbert.
61. Rin-tin-tin y los lobos.

PRECIO: 25 CÉNTIMOS